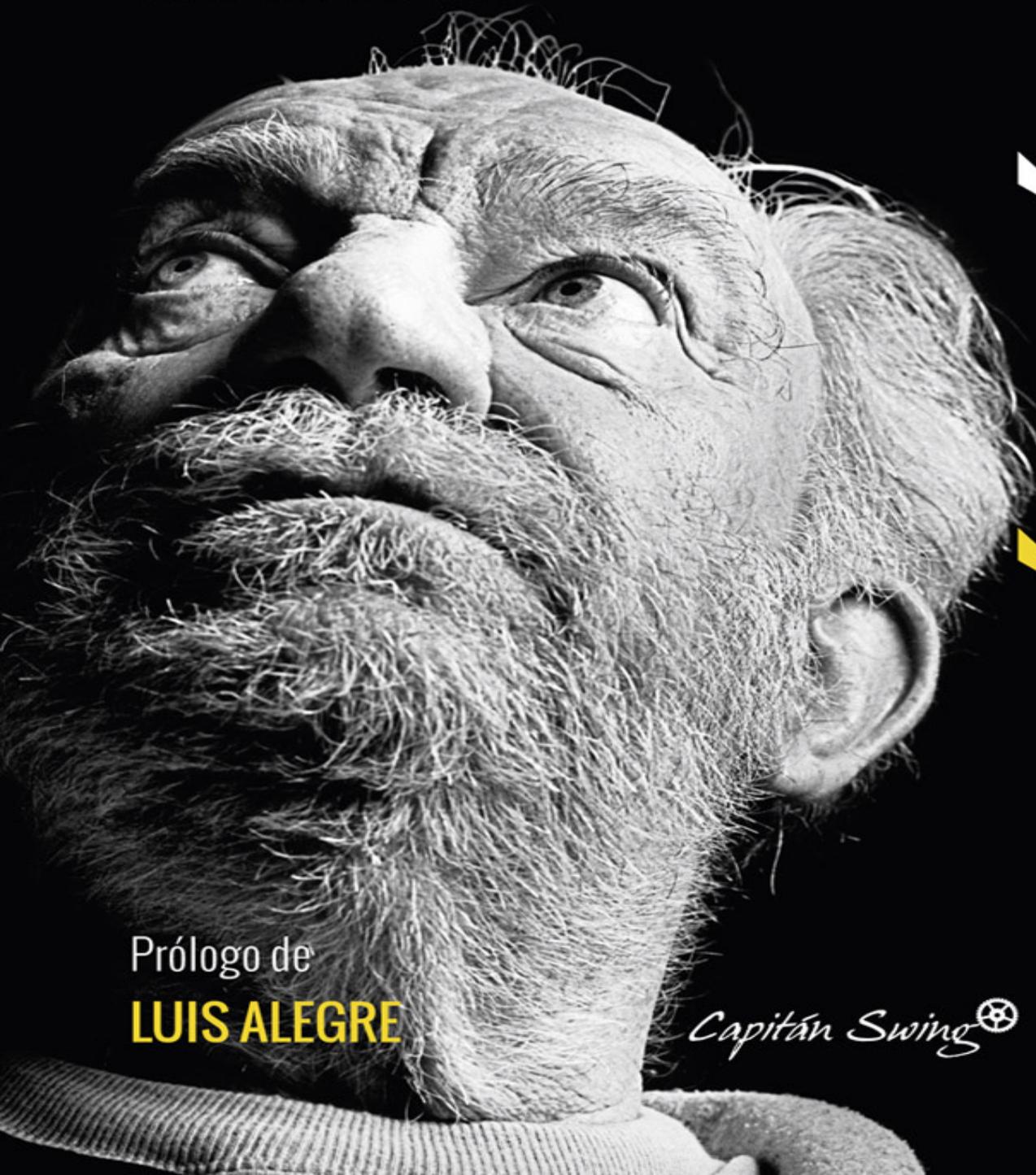


*el tiempo
amarillo*

MEMORIAS 1921-1997



Prólogo de
LUIS ALEGRE

Capitán Swing 

FERNÁN GÓMEZ

el tiempo amarillo

MEMORIAS 1921-1997

**Fernando
Fernán Gómez**

Prólogo de
Luis Alegre

colección
Entrelíneas

Capitán Swing 

PRÓLOGO

Memorias inolvidables

LUIS ALEGRE

A mí también *El tiempo amarillo* me parece una delicia, una obra maestra de la literatura de la memoria. Pero en este prólogo no voy a insistir en lo que Fernando Fernán Gómez cuenta a su espléndida manera. Tal vez lo mejor es que yo evoque al Fernando que conocí, que escriba mis memorias alrededor de él. Soy el único que lo puede hacer.

Mi devoción por Fernando Fernán Gómez arranca en 1976. Yo tenía 14 años y estudiaba en la Universidad Laboral de Cheste (Valencia). Antonio Paños Estesó, tutor de mi colegio, me había encargado dirigir el cineclub, escribir las reseñas de las películas y moderar el cinefórum con mis compañeros, entre los que, por cierto, se encontraba Bernardo Sánchez, futuro escritor y experto en Rafael Azcona. Un día, en el cineclub, programamos una película que yo desconocía, *El extraño viaje*. Su director era el actor Fernando Fernán Gómez. Esa película me deslumbró, me volvió loco. Yo era muy mitómano y juraba amor eterno a la gente que me hacía feliz. En mi altar figuraban personalidades del cine como Alfred Hitchcock,

Luis Buñuel o Ingrid Bergman. Ese día añadí otra: Fernando Fernán Gómez. *El extraño viaje* me cambió la manera de ver y entender el cine. Desde entonces, cualquier cosa de Fernán Gómez me iba a interesar.

En marzo de 1985 yo tenía 23 años, vivía en Zaragoza y escribía de cine en *Andalán*, una combativa revista aragonesa de la Transición. Supe que Fernán Gómez iba a estar unos días en la comarca de Calatayud para rodar *Réquiem por un campesino español* y en seguida fui allí con la excusa de escribir un reportaje. Me quedé tres semanas. Pasé muy buenos ratos con Paco Betriu, Alejo Lorén, Ramón Pilacés, Paco Algora, Antonio Ferrandis, Antonio Banderas, Ana Gracia, José Antonio Labordeta o Terele Pávez. Pero, en las tres semanas, sólo hubo un momento en el que me atreví a decirle «hola» a Fernán Gómez. Fue en la Plaza de Chodes, mientras Fernando aguardaba, sentado, el rodaje de una secuencia. Esa fue toda mi relación con él. Me intimidaba, claro que me intimidaba. Años más tarde coincidí con Fernando, José Luis López Vázquez y Héctor Alterio en un homenaje que Jaime de Armiñán recibió en el Festival de Cine de Huesca. Era junio de 1990. Se jugaba el Mundial de Fútbol de Italia y, en el bar del Hotel Pedro I, vimos juntos la semifinal que jugaron Italia y la Argentina de Maradona. Fernando iba, cómo no, con Argentina, pero le hacía mucha gracia que un jugador italiano se llamara Schillachi, un nombre que sonaba muy parecido a Esquilache, el personaje que acababa de interpretar en la película dirigida por Josefina Molina. Argentina pasó a la final por penaltis y Fernando se puso

muy contento. Pero no llegamos a cruzar más de una palabra.

El día de Nochevieja de 1991 fue otra cosa. Yo había cenado con la familia de David Trueba en Madrid, en su casa de Estrecho. Después de las uvas, Maribel Verdú nos animó a que fuéramos a tomar algo a casa de unos amigos. Uno de los que estaban con Maribel era Juan Diego. Hacia las tres de la madrugada se disolvió la reunión y Juan, David y yo dejamos en su casa a Maribel. Entonces, Juan nos dijo: «Y, ahora, vamos a casa de Fernán Gómez.» David y yo nos quedamos paralizados y con la duda de si aquello era una buena idea. Yo conocía a Emma Cohen, la compañera de Fernando, pero no lo suficiente como para invadir su casa a esas horas de la madrugada, por muy Nochevieja que fuera. Pero Juan se empeñó y cedimos en seguida. Nos hacía demasiada ilusión. David también admiraba a Fernán Gómez y, a esas alturas, habíamos hablado a menudo de lo extraordinario del personaje. Pero, además, para nosotros, las nocheviejas en casa de Fernán Gómez eran algo mítico. Yo compartía un gran amigo con Fernán Gómez, Pedro —Perico— Beltrán, al que había conocido en 1982 en un coloquio sobre *El extraño viaje*. Perico era el guionista de esa película que a mí me cambió la vida pero, además, era un ser insólito que había que conocer para creer que, realmente, alguien así era posible. Perico me había referido muchas veces esas nocheviejas. Yo sabía casi de memoria la gente que solía acudir: Eduardo Haro Tecglen, Charo López, José Sacristán, José Luis García Sánchez, Julieta Serrano, Tina Sáinz, Juan Tébar, Concha Barral, Agustín González, Manolo Alexandre, Pedro

Mari Sánchez, María Asquerino, Juan Estelrich Jr., Kathleen López, Jaime de Armiñán, Elena Santonja, Francisco Umbral, María España, Marisa Paredes, Jesús García de Dueñas, Teresa Pellicer, Enrique Brasó, Luis María Delgado, Manolo Pérez Estremera, Charo Emma, Pablo del Amo, Álvaro de Luna, Dolores, la mujer que trabajaba en la casa o Helena y Fernando, los hijos de Fernando.

Llegamos a casa de Fernando y Emma, en el Paseo de la Castellana, al lado del Santiago Bernabeu. Emma nos abrió, nos felicitó el Año Nuevo, le presentamos a David y nos invitó a pasar al salón. Allí estaba Fernando rodeado de amigos. Yo pregunté por Perico Beltrán. Emma me dijo que se acababa de marchar y nos ofreció tomar algo. Entonces, Juan Diego se dirigió a la tertulia y dijo: «Compañeros, os presento a David y a Luis. Son dos cantantes callejeros de Zaragoza a los que me acabo de encontrar. No tienen dónde pasar la noche y se me ha ocurrido traerles aquí para que os canten un poco. Luego pasaré la gorra.» Fernando y sus amigos nos miraban, tal vez pensando que este tipo de cosas sólo podían pasar en Nochevieja y con Juan Diego. Entonces, Juan nos animó a cantar. Yo entoné *Te lo juro yo*, a la manera de Miguel de Molina, mientras David me hacía los coros. Recibimos una cerrada ovación. Emma y José Sacristán, que también me conocía, callaban, cómplices. Juan recorrió el grupo para recoger la limosna. La recaudación ascendía a algo más de 10.000 pesetas. Juan dijo: «Como representante vuestro que soy, me corresponde el 75%. Con lo que queda, ya tenéis para la pensión.» Todos se rieron y Fernando nos invitó a tomar asiento. Nos colocamos en un lugar discreto. Emma nos

trajo los *gin-tonics*. David y yo estábamos absortos. La tertulia se reanudó. Y, entonces, Fernando comenzó a hablar. En seguida comprendimos por qué tenía esa fama de gran conversador. Si alguno de la tertulia le interrumpía nos daban ganas de decirle que por qué no cerraba la boca de una vez.

Un par de meses después Fernando vino a Zaragoza a participar en «Invitación a la lectura», un ciclo organizado por el profesor Ramón Acín en el que los escritores hablaban sobre su obra con los alumnos de unos institutos de secundaria. Fui con Ramón a esperar a Fernando al aeropuerto, pasamos el día con él, asistimos a sus encuentros con los estudiantes, comimos, merendamos y luego, por la noche, con mi amigo Cuchi, le acompañé al aeropuerto. Me recuerdo ahora con él, en el taxi, charlando de nuestro querido Julio Alejandro, el guionista de Luis Buñuel. Fue el viernes 28 de febrero de 1992. Lo sé con tanta precisión porque guardo el artículo que publiqué sobre él en *El periódico de Aragón* el domingo anterior a su visita, aprovechando que justo esa semana Emma Cohen había representado en el Teatro Principal de Zaragoza, *Los domingos, bacanal*, una obra, precisamente, de Fernando, dirigida por José Luis García Sánchez.

Ese texto lo titulé «¿Sólo se vive una vez?» y en él mostraba mi asombro por la inaudita versatilidad de Fernando y por su capacidad para dejar obras claves como actor, escritor y director, en la literatura, el cine, el teatro y la televisión. Nadie como él sintetizaba lo mejor de la cultura española en el siglo xx.

En realidad, nadie como él reflejaba mejor un cierto siglo xx español. Fernando pertenecía a esa generación de españoles cuyas vidas recorrieron el final de la Restauración, la Monarquía de Alfonso XIII, la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República, la Guerra Civil, la posguerra y el franquismo, la Transición, la democracia y la España de los primeros años del siglo XXI. Se trata de una generación única, testigo de periodos y acontecimientos de gran calado histórico. Cada uno de esos periodos y acontecimientos podían marcar la vida de cualquiera. Fernando fue uno de esos españoles que los vivió todos, con la particularidad de hacerlo desde un mundo tan especial como el de la cultura y el espectáculo y desde unas circunstancias personales y profesionales tan fuera de lo común como las suyas. Si, por lo demás, se reparaba en su inteligencia, gracia y poder de observación, en su forma de percibir y contar las cosas de la vida y en su gran categoría como escritor, es complicado pensar en otro español más preparado para escribir unas memorias inolvidables. Por todo eso, entre otras cosas, *El tiempo amarillo* es un libro tan maravilloso.

El verano de 1992 también fue maravilloso. Fernando Trueba nos había contado a su hermano David y a mí el reparto de *Belle Époque*, la película que iba a rodar durante julio y agosto en la zona de Vila Franca de Xira y Arruda dos Vinhos, cerca de Lisboa: Jorge Sanz, Maribel Verdú, Penélope Cruz, Ariadna Gil, Miriam Díaz Aroca, Gabino Diego, Chus Lampreave, Agustín González, Michel Galabru, María Galiana, Joan Potau, Mari Carmen Ramírez y Fernando Fernán Gómez. El personaje de Fernando era

un traje a medida: un pintor bohemio, ilustrado y libertario que, poco antes de la proclamación de la Segunda República, acoge en su casa a Fernando, un joven desertor del ejército. En la casa viven las cuatro hijas de Manolo que, una detrás de otra, seducen al chico. Fernando Trueba había escrito la historia de *Belle Époque* con José Luis García Sánchez y Rafael Azcona. La película retrataba la ilusión fugaz de una vida soñada, de una España soñada.

David y yo decidimos no perdernos aquello. Y, a finales de julio, con el Renault 5 amarillo de David, allá que fuimos. El ambiente que encontramos ya no podía ser más agradable. Nuestra primera idea era quedarnos tres o cuatro días pero al final nos quedamos cuatro semanas, con todas sus noches. Esos días fueron una fiesta total para David y para mí, que no teníamos otra cosa que hacer que disfrutar. Y tuvimos mucho tiempo para disfrutar de Fernán Gómez, en los descansos del rodaje, en las comidas y cenas, en las noches de los sábados. Fernando se sentía muy a gusto en aquel rodaje y con aquella gente. Y nosotros nos reíamos mucho con él. A gusto y relajado, Fernando era la compañía más divertida posible.

Ese verano del 92 fue crucial en nuestra relación con Fernando. Yo creo que, desde entonces, nos aceptó como amigos. Esa era una de las cosas fantásticas de Fernando: siempre estaba deseando conocer gente nueva. Sé de muchos que, llegado un momento, piensan que ya no pueden admitir ninguna otra amistad, ningún afecto más, y eluden conocer más personas. Fernando era mayor que mis padres y tenía un montón de amigos. Sin embargo, estaba

encantado de que unos chicos a los que llevaba más de 40 años entraran en su vida. Y eso es lo que hicimos.

Durante los últimos 15 años de su vida fuimos amigos de Fernando. Esos años tienen una escasa presencia en *El tiempo amarillo*. Eso hace que tenga más sentido que en este prólogo escriba del Fernando que conocí en ellos.

Había algunos ritos en nuestra relación con él: las fiestas en su casa en Nochevieja y el día de su cumpleaños, cada 28 de agosto. Era la bonita costumbre que Fernando y Emma tenían para disciplinar el cultivo de la amistad. Pero luego estaban nuestras cenas, que yo mismo convocaba, y que no se quería perder nadie cuando dejaba caer que Fernando había confirmado su asistencia. Eran cenas en las que nos reuníamos 10, 12, 15, 20 o 30 personas. Nuestro restaurante de referencia era el Hispano, en la Castellana, pero también cenábamos en otros como Casa Benigna, La Misión, La Taberna del Alabardero o Nabucco. El núcleo duro de esas cenas lo formaban Fernando Trueba, Cristina Huete, José Luis García Sánchez, Rosa León, David Trueba, Ariadna Gil, Ana Belén, María Barranco, Víctor Manuel, Jorge Sanz y yo mismo. Pero a lo largo de los años a esas cenas vinieron decenas de actores, actrices, directores, periodistas, productores, músicos, políticos, cantantes o escritores, de varias generaciones: El Gran Wyoming, Imanol Uribe, Eduardo Noriega, Elena Anaya, Ana Álvarez, Penélope Cruz, Carmen Alborch, Francisco Umbral, María España, Paco Rabal, Asunción Balaguer, Mauricio Vicent, Itziar Miranda, Arturo Valls, Nerea Barrios, Maribel Verdú, Pedro Larrañaga, Concha García Campoy, Agustín Díaz Yanes, Lorenzo Díaz, Loles León, Rosa María Sardá,

Gustavo Salmerón, Rafael Escuredo, Ana María Ruiz Tacgle, Goya Toledo, Lucía Jiménez, Beatriz Rico, Emma Suárez, Antonio Resines, Manuel Vicent, Marisa Paredes, Daniel Calparsoro, Irene Visedo, Pilar Punzano, Víctor y Marta García León, Leonor Watling, Ana Huete, Jonás Trueba, Ángel León, Alejandro Pelayo, Elsa Pataky, Joaquín Sabina, Andrés Vicente Gómez, Juan Luis Galiardo, Fernando León, Gracia Querejeta, Santiago Segura, Félix Romeo, Quique San Francisco, Eduardo Cruz, Carmen Rico Godoy, Manolo Iborra, Mariano Gistaín, Gabino Diego o Verónica Forqué.

La noche que no venía Fernando lo extrañábamos demasiado. Resultaba muy excitante su presencia y, cuando abría la boca, era un espectáculo. Con sus 75, 80, 85 años, mantenía una agilidad mental, una alegría y unas ganas de alegrar la vida de los que le rodeaban muy impactantes. Uno de los lugares decisivos para Fernando —en *El tiempo amarillo* lo detalla— fue el Café Gijón, en el que «vivió» durante unos 30 años. Fernando fue un adicto a esa cultura del café y de la tertulia y yo creo que nuestras cenas prolongaban, de algún modo, aquel ambiente que tanto le marcó y en el que él reunía todas las condiciones para ser una estrella.

Una noche de verano, después de cenar, quisimos ir a la terraza de la Plaza de la Paja. Pero, al salir del restaurante, no encontramos taxis. Entonces, a nuestro lado se detuvo una furgoneta del servicio municipal de limpieza, con dos hombres. David Trueba, sin pensarlo dos veces, se dirigió a los empleados y les dijo: «¿Ustedes nos podrían hacer el favor de llevar en su furgoneta a la Plaza de la Paja al señor

Fernán Gómez y al señor Umbral, que ya están un poco mayores?» Debían de ser cerca de las dos de la madrugada. Los empleados reconocieron a nuestros amigos y, sin poner una sola pega, con total naturalidad, abrieron la puerta trasera de la furgoneta y les animaron a subir. Emma Cohen y María España, la mujer de Umbral, también se metieron en la furgoneta. Al poco rato, llegaron un par de taxis para los demás.

En la Plaza de la Paja no había mucha gente. Nos sentamos en la terraza y pedimos unas copas. Pasó Juan Barranco, el que fuera alcalde de Madrid, y saludó a Umbral. Luego, nos pusimos a charlar. Umbral tenía un gran vozarrón, que conocía toda España. Su voz se escuchaba muy bien en la terraza semivacía y silenciosa. Entonces, un vecino, desde una de las ventanas, gritó: «¡Umbral, cállate de una puta vez que no nos dejas dormir!» Cualquiera puede imaginar el ataque de risa que nos dio a todos. Fernando nunca se reía a carcajadas pero se notaba mucho cuando algo le divertía. El grito lo interpretamos como un aviso. Dejamos la terraza pero ni a Umbral ni a Fernán Gómez les apetecía marcharse a casa. Eran las cuatro de la madrugada. Fernando tendría 78 años. Preguntamos por algún garito que permaneciera abierto y nos metimos en uno cercano a la plaza. Fernando y Umbral bebían whisky. El garito estaba muy oscuro. Seguimos hablando y hablando. Fernando estaba imparable. A las cinco, Umbral arrojó la toalla y se marchó a casa. Salimos de aquel bar sobre las siete de la mañana. Yo propuse ir a desayunar a algún lado y Fernando y Emma aceptaron en seguida. También se apuntaron David,

Mariano Gistaín y Félix Romeo, dos escritores aragoneses, íntimos amigos míos. Éramos los únicos supervivientes. Encontramos una cafetería cerca de la Plaza de la Ópera. Pedimos chocolate con porras. Nunca se me olvidará la cara de niño pillo que puso Fernando cuando, al llegar el plato con las porras, se abalanzó sobre ellas antes que nadie y se llevó una a la boca.

Esa fue una de las noches memorables. Fernando siempre se desenvolvió muy bien en el ambiente de la charlas a deshoras, de los garitos que cerraban al alba, de las cafeterías que parecía que nunca cerraban. Entre los años 40 y los 80 ese, el de la noche, fue uno de sus mundos más queridos. Yo, en esa noche de finales de los 90, me pude dar una idea de cómo debieron de ser aquellas. Su compañero más habitual de esas noches fue Paco Rabal, otro coloso. La pareja Paco y Fernando, por las noches del Madrid de los 50 y 60, debía de ser algo de otro mundo. Alguna vez Fernando dijo que él dejó de salir por las noches desde que en ellas no se encontraba con Paco Rabal, al que en un artículo definió como «El novio de la vida». Un día me propuse volver a reunir a Fernando y Paco y lo conseguí. Fue en el Hispano, en una cena reducida. Pero no faltó Umbral, que adoraba a Paco y a Fernando. Hacía siglos que no coincidían los tres. Fue una cena muy agradable pero un poco triste. Paco ya no se encontraba bien de salud. Pese a sus esfuerzos, se le notaba mucho la fatiga. Fernando le miraba con un enorme cariño y un poco de melancolía.

El 28 de agosto de 2001 Fernando cumplía 80 años y Emma le preparó una fiesta a la que no quería que faltara

nadie. Invitó a Paco Rabal y a Asunción Balaguer, pero ese 28 de agosto se encontraban en el festival de cine de Montreal. Fuimos casi todos los demás. Emma nos citó hacia las siete de la tarde. Nos colocamos en el jardín. Recuerdo que, de repente, Fernando me dijo: «Gracias, Luis, por querernos tanto a los cómicos.» La noche se prolongó, cómo no, hasta la madrugada. En otras fiestas llegaba un momento en que Fernando, sin avisar, desaparecía y se retiraba a su cuarto. Pero, esa noche, se encontraba eufórico. Ese día, también, nos hizo un regalo muy frecuente en esas veladas: una discusión feroz con Emma Cohen a propósito de la fruslería más absoluta. Esa lección de esgrima dialéctica era algo que les divertía mucho a ellos y, sobre todo, que nos divertía mucho a los demás. Estaban inmensos.

A la mañana siguiente yo viajaba a Venecia con Maribel Verdú y Pedro Larrañaga. Se presentaba en el festival de cine *Y tu mamá también*, la película de Alfonso Cuarón que Maribel había rodado en México. No pegué ojo. Poco después de llegar a Venecia, sonó mi móvil y vi en la pantalla el número de la casa de Fernando. Pensé que era Emma, que me llamaba para comentar la noche. Pero no. Emma me dijo algo horrible: «Ha muerto Paco Rabal.» Paco había muerto en el vuelo de regreso de Montreal, a la altura de Burdeos, poco después de que hubiera brindado con champán con Asunción, su gran amor. En Burdeos había muerto Goya, el último gran personaje de Paco, por el que obtuvo el premio Goya. De esas extrañas simetrías recuerdo haber hablado con Fernando pocos días después.

Cuando Fernando se enteró de la muerte de Paco lloró, como lloraba siempre que se iba un ser querido.

Como todos sus amigos, Paco Rabal adoraba a Fernando. En los últimos tiempos no se veían mucho y Paco siempre me preguntaba por él. Lo único que Paco le reprochaba a Fernando es que nunca se pusiera al teléfono. Le daba mucha rabia. Fernando era la persona a la que más le gustaba hablar pero la que más detestaba el teléfono, tal vez porque valoraba tanto el hablar mirando a los ojos de la gente. Emma era la que recogía los recados y servía de intermediaria. Sólo una vez hablé con él por teléfono. Fue un día de su cumpleaños en el que, no recuerdo por qué razón, no se pudo celebrar la fiesta. Pero Fernando, que casi nunca se ponía al teléfono, siempre estaba deseando que lo fueras a ver a su casa y que charlaras con él hasta que ya no quedara una gota de su whisky favorito.

La época dorada de las cenas con Fernando duró hasta el año 2000. Ese año Fernando sufrió un serio trastorno de salud —debido, como supimos luego, a un cáncer de colon, que logró superar— y tuvo que abandonar el rodaje de la película que dirigía, *Lázaro de Tormes*. Fernando sugirió al productor, Andrés Vicente Gómez, el director más indicado para sustituirle en la película: su amigo y compañero de cenas José Luis García Sánchez. Desde entonces, Fernando dosificó mucho más su tiempo, sus energías y sus cenas.

Sólo unas pocas veces estuve con Fernando fuera de Madrid. En marzo de 1996 vino a Zaragoza para participar en un ciclo de coloquios que yo dirigía. El ciclo se llamaba «Yo confieso», estaba organizado por el Ayuntamiento de Zaragoza y me lo había encargado el concejal de Cultura, el

escritor Juan Bolea, como parte de la celebración del centenario del cine. El coloquio con el público se hizo en el salón de actos de la CAI, en el Paseo de la Independencia. En la entrada se repartía un folleto con una mini biografía de Fernando. Los espectadores le lanzaban preguntas muy amables. Hasta que uno le preguntó:

—Señor Fernán Gómez, usted presume de libertario pero veo en su filmografía que rodó muchísimas películas durante el franquismo. ¿Qué me tiene que decir?

Entonces, Fernando, más rápido que una ardilla, le respondió:

—Sí, es verdad que yo estaba en contra del franquismo. Pero, por lo visto, el franquismo no estaba en contra de mí.

En junio de 1998 fuimos al Festival de Cine Español de Málaga. Era la primera edición y el director del festival, Salomón Castiel, quiso rendirle un homenaje a Fernando. En la rueda de prensa, un periodista le preguntó a Fernando:

—Oiga, y a usted esto de recibir un homenaje ¿no piensa que suena a final de etapa?

La réplica de Fernando fue esta:

—Eso me lo pregunta porque es lo que usted cree que va a pensar si algún día le hacen a usted un homenaje.

Luego, en la ceremonia que se celebró en el Teatro Cervantes, unos cuantos amigos de Fernando salieron al escenario para hablar de Fernando. Eduardo Haro Tecglen, uno de sus más antiguos amigos, dijo más o menos esto:

—Supongamos que un día sucede una catástrofe, el mundo se viene abajo y todos perdemos todo lo que tenemos. Supongamos que en el nuevo mundo que se inicia

nadie conoce a nadie y todo vuelve a empezar. Supongamos que en ese nuevo mundo a Fernando le encargan ser uno de los barrenderos de su calle. Pues bien, estoy seguro de que el trozo que le encargaran barrer a Fernando sería el mejor barrido de toda la calle.

Al final de las intervenciones, Fernando salió al escenario e hizo el saludo anarquista.

Yo estaba en un palco del Cervantes, con el director de cine Juanma Bajo Ulloa. Juanma dijo que le gustaría mucho dirigir algún día a Fernando.

Muy a menudo, yo comentaba con David Trueba el lujo de tener a Fernando como amigo. Y, concretamente, cuando nos recreábamos en sus perlas orales, siempre decíamos que era una lástima que esas genialidades, de algún modo, se las llevara el viento, que no quedaran, y que nadie que no fuera su amigo pudiera disfrutar de ellas. Entonces, comenzamos a rumiar una idea: poner una cámara delante de Fernando mientras hablaba para que sus perlas no se las llevara el viento. No se trataba, claro, de llevar una cámara a una de nuestras cenas. Queríamos proponer a Fernando ir a su casa con un mini equipo y grabar una conversación con él, a lo largo de varios días. No teníamos muy claro el destino de esas grabaciones. La aspiración era, desde luego, editar con ellas una película, pero no nos lo imponíamos como exigencia. La idea nos parecía buena en cualquier caso. Aunque sólo fuera porque nos iba a permitir estar unas horas más con Fernando y escucharle.

Desarrollamos el proyecto por escrito y se lo enviamos a Fernando. Un día nos citó en su casa de la urbanización Santo Domingo, en Algete. Nos dijo que se sentía muy

halagado por la idea pero que, francamente, él no creía que eso pudiera interesar a alguien. Y, a nuestro proyecto, lo comenzó a llamar esa misma tarde «el experimento».

Sin embargo, se mostraba dispuesto a hacerlo.

Nos llevamos, cómo no, una gran alegría. Pero no fue fácil concretar unas fechas. Mientras tanto, cuando nos veíamos, Fernando nos preguntaba: «¿Cómo va el experimento?»

Las primeras grabaciones las hicimos en septiembre de 2001, pocos días después del 11-S. Formamos un pequeño equipo con Ariadna Gil, productora ejecutiva, Mischa Lluç, cámara y director de fotografía, Eva Taboada, directora de producción, Jonás Trueba, ayudante, y Rafa, técnico de sonido. El primer día —y algunos más— también acudieron Elena Anaya y Gustavo Salmerón. Cuando les contamos el proyecto, nos pidieron estar ahí, para mirar y escuchar. Para Gustavo, Fernando era un ídolo de la niñez. Como la idea era procurar alrededor de la charla el clima más confortable pero, también, más «profesional» posible, a Elena y Gustavo les encargamos que se pusieran los cascos y que controlaran la calidad del sonido.

Celebramos nueve sesiones. Cada sesión duraba unas tres horas. En algunas de ellas contamos con otras dos ayudantes: las actrices Lucía Jiménez y Natalia Verbeke. A ellas les encantaba estar allí y a Fernando le encantaba que estuvieran. Nosotros sabíamos bien que la presencia de Ariadna, Elena, Lucía o Natalia no iba a empeorar, precisamente, las palabras de Fernando.

Grabábamos en la estancia más grande de la casa, en la zona del televisor y la chimenea. Cuando todo estaba listo,

Fernando salía de su cuarto, situado en la planta superior. Su aparición en escena no tenía desperdicio. Fernando sufría problemas de movilidad en las piernas y le resultaba una tortura bajar unas escaleras. Para llegar hasta nosotros Fernando, ayudado de un aparato, se deslizaba por el barandado. Aunque me producía cierta incomodidad, yo no podía dejar de mirarle mientras lo hacía.

Fernando saludaba muy amablemente, se sentaba en la silla, se servía un whisky, picaba algo y, mientras esperaba el comienzo de la grabación, charlaba con nosotros de cualquier cosa. David y yo estábamos de pie, cerca de él. Luego, nos sentábamos al lado de la cámara, pegados el uno al otro, para que Fernando no desviara la mirada cuando nos hablara. Y, entonces, David y yo arrancábamos la charla y Fernando hablaba y hablaba.

Nuestra intención era retratar al Fernando más parecido posible al de las charlas entre amigos, tratar de capturar ese milagro que sólo se producía con él. Pero antes de iniciar las grabaciones teníamos una inquietud que parecía de lo más natural: no es lo mismo charlar entre amigos en una cena que hacerlo delante de una cámara y unos focos. Sin embargo, desde que comenzó a hablar, Fernando nos despejó la zozobra: su charla tenía el aroma que tanto nos gustaba.

Fernando sabía muy bien que aquel trabajo no era un trabajo más, pero él se lo tomó con la disciplina y la profesionalidad de un trabajo más. Fernando era guionista y director pero, cuando alguien le dirigía, se ponía a sus órdenes y jamás sugería nada ni cambiaba nada. Una de las singularidades de este «experimento» es que él no conocía

el guión. Al proponerle el proyecto, le brindamos la posibilidad de anticiparle las cuestiones de la charla pero él nos dijo que prefería la improvisación. Otro lujo para nosotros: Fernando era el improvisador más inesperado. Un día le escuché que «las improvisaciones hay que prepararlas muy bien», pero él las improvisaciones las improvisaba como nadie.

Al «experimento» le pusimos un título provisional: «Estado de gracia.» Durante las 20 horas aproximadas de charla, Fernando habló, básicamente, de su vida y de las cosas de la vida: de su infancia y adolescencia; de su madre y su abuela; del padre que nunca le reconoció y al que sólo vio fugazmente; de la guerra y la posguerra; de cine, de teatro, de literatura y de política; de las noches del Madrid de los 50 y 60; de Marlene Dietrich, Frank Sinatra, Ava Gardner y las mujeres; de las putas, de la patria, del español y sus taras; de la religión, del alcohol, del lujo, de la amistad, de la profesión de actor, de la vanidad, de la timidez, del éxito y el fracaso, de la mala conciencia, de la vejez o de cómo contemplaba su propio futuro.

Como es lógico, de buena parte de esos asuntos Fernando escribe en *El tiempo amarillo*. Pero no queríamos que ese libro fuera nuestra guía. Procuramos que la conversación tomara su propio rumbo, que tuviera el caos, el capricho y la libertad que suelen tener las conversaciones, que Fernando fuera muy a su aire.

Además de su poso cultural y vital, además de cosas que contar, Fernando tenía innumerables virtudes como conversador. Decía lo que no decía nadie y como no lo decía nadie, algo a lo que le ayudaba su condición de gran

actor y su imponente y hermosa voz. Alguna vez le bautizamos como el Maradona de la conversación: era un *crack* que, como Maradona con el balón, cuando tomaba la palabra, nunca se sabía por dónde iba a salir. Él no solía tener la iniciativa de las conversaciones: aguardaba a que alguien sacara un tema y entonces él entraba y arrollaba. Era lúcido, explosivo, incorrecto, subversivo, imbatible, magnético, vitriólico, desconcertante, inagotable, hipnótico, chocante, muy divertido y definitivamente genial. Nunca se apoyaba en lugares comunes, siempre parecía genuino y también por eso resultaba tan inesperado. Tenías con él la fantástica impresión de que decía lo que se le pasaba por la cabeza, que no impostaba nada, que no maquillaba nada. Que un personaje público dijera lo que de verdad pensaba nos parecía, directamente, revolucionario. Cuando hablaba de sí mismo no tenía ningún reparo en subrayar sus limitaciones, sus derrotas, sus debilidades: soy alcohólico, tengo mal carácter, soy incapaz de ser amigo de una mujer. Fernando no aspiraba a brindar una imagen de sí mismo que le beneficiara si esa imagen no correspondía a la realidad. Como diría Manolo Vicent, todo lo que salía de la boca de Fernando era proteína pura. Palabras mayores. Cuando dejaba de hablar te entraban ganas de decirle lo contrario de lo que el rey Juan Carlos le soltó a Hugo Chávez: «¿Por qué te callas?» Pero él, cuando hablaba alguien, le miraba a los ojos con sus ojos azules, sin perder palabra. Él también sabía escuchar muy bien.

Fernando tenía la edad de un anciano pero se parecía muy poco a la mayoría de los ancianos. Su curiosidad insaciable, sus ganas de que le pasaran cosas, su tendencia

a ir a contracorriente y a no tragar, su instinto rebelde, su libertad de pensamiento y su fascinación por las chicas guapas no eran los de un anciano fatigado de la vida.

Otro detalle formidable de Fernando era su ausencia de prejuicios. Valoraba a las personas y las cosas por la impresión que le producían a él, sin dejarse contaminar por los tópicos o las referencias que les rodearan. Fernando no acudía al diccionario de ideas recibidas. En eso también radicaba la autenticidad, la pureza y la libertad de lo que pensaba y decía.

Fernando adoraba las paradojas: detectarlas, crearlas, subrayarlas, exprimirlas, recrearlas, con su escepticismo socarrón, su perplejidad divertida, su finísima ironía. Esos son algunos de sus rasgos de conversador que brillan también, como escritor, en *El tiempo amarillo*.

Truman Capote dijo que las observaciones tal vez no eran literatura pero sí que podían ser arte. Y eso es en lo que Fernando convertía sus observaciones cuando charlaba. El arte de hablar existía y ningún artista que conociéramos había llegado tan lejos.

Si alguien se puede enamorar de una forma de ver la vida y de una manera de contarla, entonces se puede decir que caímos enamorados de cómo veía y contaba la vida Fernando Fernán Gómez. Pretendíamos, con el experimento, que se pudiera entender el porqué de nuestra fascinación.

También creíamos que si alguna vez aquello se convertía en una película podía tener un gran valor testimonial, sobre todo para las generaciones futuras. Sólo hacía falta pensar en el tesoro que hoy sería una película en la que

pudiéramos ver y oír a Cervantes, Quevedo, Goya o Galdós charlar de las cosas de la vida.

Cuando grabamos las charlas Fernando tenía 80 años. Un día nos confesó que no sólo no había logrado vivir entre el lujo con el que alguna vez soñó sino que de ninguna manera tenía su futuro asegurado, que no podía dejar de trabajar. Nos impresionó aquella confesión y nos pareció que era una buena metáfora de muchas cosas. Del país y de la cultura del país, por ejemplo. No nos imaginábamos que, por ejemplo en Francia, una figura de la talla de Fernán Gómez, a los 80 años, se viera obligada a trabajar para mantener un modo de vida tan poco lujoso como el suyo. Es muy revelador que *El tiempo amarillo* se cierre con estas palabras escritas en 1997-98, cuando Fernando tenía 76 años: «Estoy en el jardín de nuestra casa, a la vista de los rosales, frente a los árboles caducos, esperando la llegada de unos amigos, el regreso de mi compañera, que ha ido a la ciudad a hacer recados, la oferta de un nuevo trabajo...»

Fernando era un gigante de la cultura que había vivido en un país culturalmente enano. Buena parte de su carrera — casi 40 años, nada menos— la desarrolló durante el franquismo, en una España subdesarrollada, desde muchos puntos de vista. Fernando conocía muy bien cómo era España, su historia, su cultura, su esencia, su personalidad, su encanto, su desastre. En *El tiempo amarillo* y en otros de sus textos —*El vendedor de naranjas*— refleja con mucha gracia y conocimiento de causa el ambiente que ha distinguido el cine y el teatro de nuestro país: su precariedad endémica, el carácter de sus profesionales, la chapuza y la picaresca como asumidas formas de

manejarse, los chascos cotidianos, lo fugaz y engañoso del éxito. Y, también, su moral, afortunadamente apartada de la moral infame que presidía la España nacionalcatólica y enlutada. Fernando sostenía que el mundo de los cómicos era «un país aparte».

El placer y el disfrutar de la vida siempre fue una gran prioridad para Fernando, como él mismo admite en *El tiempo amarillo* y como demostró hasta el fin de sus días. En las memorias dice algo que forma parte de su lado más incorrecto: para él, en una época, esa prioridad estuvo por encima, por ejemplo, de la tarea de educar a sus hijos. Fernando pensaba que era un disparate que los padres se encargaran de algo tan complicado como la educación de los hijos.

Me gusta mucho esa parte de *El tiempo amarillo* en la que cuenta cómo redescubrió a sus hijos Helena y Fernando y recrea los domingos con ellos por los restaurantes y las calles de Madrid.

Fernando supo muy pronto que ser un grande de la cultura española no garantizaba la ausencia de dificultades para vivir con dignidad. Él conoció bien el caso de Enrique Jardiel Poncela, una de las figuras del teatro español. Jardiel fue fundamental en el despegue de la carrera de Fernando, la primera persona que confió en él. Fernando siempre recordó su apoyo. En los últimos años de su vida Jardiel las pasó canutas y, como otros amigos, Fernando le enviaba dinero de forma anónima. Jardiel murió sin saber que Fernando era uno de sus benefactores. Pero el pudor y la elegancia le impidieron a Fernando contar algo así en *El tiempo amarillo*. Sin embargo, no tuvo ningún

inconveniente en confesar que, cuando él, Fernando, se arruinó, varios amigos le prestaron dinero o que gracias a Analía Gadé pudo pagar la clínica de su madre.

Yo fui testigo muy directo de su extrema generosidad con los amigos, otra de sus grandes prioridades. Su íntimo amigo —y mío— Perico Beltrán se peleó con un camarero que, en un centro regional de Madrid, le había reprochado repetidas veces que metiera la cuchara en una paella que no era suya. El camarero rompió el brazo de Perico por varios sitios. Le llevaron a un hospital, le operaron y tuvo que permanecer ingresado. Perico, un genio y un desastre, no podía de ninguna manera costearse aquello. Fernando, también de manera anónima, se hizo cargo de todo. Pero Perico se enteró y llamó a Fernando para darle las gracias. La respuesta de Fernando fue: «Gracias a ti, Perico, por darme la oportunidad de demostrarte mi amistad.»

Tuvo cientos de amigos, del cine, del teatro, de la televisión, de la literatura, del periodismo, del derecho, de la medicina, de la escalera de su casa, de los cafés y de la noche, de izquierdas, de derechas, franquistas —Jardiel, Wenceslao Fernández Flórez, José Luis Sáenz de Heredia—, antifranquistas, comunistas o libertarios. Él siempre colocó su sentido de la amistad muy por encima de la ideología. Él se sentía «anarco-solidario». Así se definió delante de un Alfredo Landa boquiabierto mientras rodaban *Marcelino, pan y vino* con Luigi Comencini en Piediluco (Italia). Fernando sostenía que, pese a que se habían ensayado varios, ningún modo de organización económica y social había triunfado: parecía claro que el mundo había sido siempre una catástrofe. Pero él insistía en que nadie le

había demostrado que el sistema libertario había fracasado porque, sencillamente, no se había ensayado, al menos «en serio».

Fernando admitía que había sido un mal compañero de viaje de la gente de izquierdas porque no se implicaba en ningún tipo de activismo político, ni asistía a manifestaciones ni a actos reivindicativos. Sin embargo, a Fernando, su apoyo en 1962 a los mineros asturianos en huelga le costó el veto en sitios como la radio y la televisión públicas. Y, en febrero de 2003, en silla de ruedas, con Pedro Almodóvar y Leonor Watling, leyó en la Puerta del Sol un manifiesto en contra de la guerra en Irak y de la intervención de España en el conflicto.

Entre sus amigos creadores se contaban Berlanga, Bardem, Azcona, Juan Estelrich y Perico Beltrán, unas personalidades que representan a una generación muy llamativa del cine español. Era un grupo muy potente, que nunca lo tuvo fácil y que a menudo logró lo más difícil. Fernando dirigió en los primeros 60 dos películas, *El mundo sigue* y *El extraño viaje*, que han pasado a la historia, pero, en su momento, la primera no se estrenó en Madrid y la segunda lo hizo de tapadillo con cinco años de retraso. Esa fue la época en la que Fernando estuvo más de un año sin recibir ni una sola propuesta de trabajo y tuvo que recurrir al dinero de los amigos para sobrevivir.

Fernando adoraba la amistad y adoraba a las mujeres. Él fue un niño raro que creció rodeado de mujeres. En los años 20 no eran frecuentes ni los hijos únicos, ni las madres solteras. Y él era el hijo único de una cómica

soltera que pasaba mucho tiempo con su abuela y con las criadas de su casa.

Fernando adoraba a las mujeres pero se declaraba incapaz de mantener una relación de amistad con una mujer: «Sí creo que puede existir una relación de amistad entre un hombre y una mujer. Siempre que el hombre no sea yo.» Para él una mujer significaba seducción, amor, sexo —relaciones táctiles como decía él— o varias de esas cosas a la vez. Sentía una debilidad total por las mujeres guapas. En nuestra charla grabada le preguntamos si no valoraba el que una mujer fuera culta para que le resultara atractiva. Fernando contestó que no, que la cultura no volvía a sus ojos más atractiva a una mujer; pero que una mujer culta le parecía muy bien para que le fuera a enseñar filosofía medieval de seis a siete. Ese era el Fernando sincero e incorrecto en estado puro. A nosotros nos encantaba esa reflexión que, por otro lado, parecía muy generalizada, aunque nadie se atreviera a decirla en voz tan alta como la de Fernando: conocíamos a muy pocas mujeres cultas pero feas que hubieran seducido a hombres muy guapos; conocíamos a muy pocos hombres cultos pero feos que hubieran seducido a mujeres muy guapas.

Ahora, es preciso recordar algo. Fernando tuvo tres grandes amores: María Dolores Pradera en los años 40 y primeros 50; Analía Gadé en los 50 y 60; y Emma Cohen desde los 70. A las tres las he conocido y, en el caso de María Dolores y Emma, son muy amigas mías. Pues bien, puedo asegurar que Fernando logró enamorar a tres de las mujeres más deslumbrantes del siglo xx en España. Tres mujeres distinguidas, todo sea dicho, por su enorme

cultura, gracia e inteligencia. Fernando era un profundo romántico que, durante toda su vida, soñó con encontrar a la mujer soñada. Mientras tanto, la encontró tres veces.

María Dolores Pradera, a estas alturas, dice a menudo, para hacernos reír: «¿Y tú te puedes creer que no me acuerdo de por qué me separe yo de Fernán Gómez»? María Dolores también me contó una vez algo: desde que se separaron a inicios de los primeros 50, ella y Fernán Gómez sólo habían coincidido en una ocasión, en la boda de su hijo Fernando. Es realmente curioso que dos personas como ellas, que compartían tantos amigos y que frecuentaban parecidos ambientes, al margen de esa boda, jamás se hubieran cruzado ni de casualidad a lo largo de más de 50 años. María Dolores, por cierto, cumple años el día 29 de agosto, al día siguiente del aniversario de Fernando. En más de una ocasión los amigos comunes celebramos el cumpleaños de Fernando en su casa y, a la noche siguiente, cenamos con María Dolores para festejar el suyo.

Fernando habla de María Dolores, Analía y Emma en *El tiempo amarillo*, pero sin entrar en detalles de su intimidad. También ahí le venció el pudor y su sentido del respeto a las mujeres de su vida. Quizá lo más llamativo es cuando, sin nombrarla, evoca cómo descubrió a «la compañera de mi vida» y cuando, en otro momento, confiesa que después de concluir el rodaje de *Maravillas* y la gira de *El alcalde de Zalamea*, «mi compañera me abandonó». Y cuenta cómo, una vez más, los amigos le sirvieron de refugio. Lo que no cuenta es que, en un bonito arrebató, escribió una carta a su amor pidiéndole que

volviera a su lado y que esa carta la publicó en la revista *Triunfo*. No tardó en volver a su lado la compañera de su vida, Emma Cohen.

En *El tiempo amarillo* Fernando tampoco desvela algo: la identidad de su padre. Fernando escribe de él y cuenta que no le reconoció y que nunca quiso saber nada de él. Y recuerda el momento en el que se cruzaron en el teatro y cómo reaccionó su padre. Pero no descubre de quién se trata. Sin embargo, a los pocos días de la muerte de Fernando, se publicó que su padre fue el actor Fernando Díaz de Mendoza, hijo de María Guerrero. Es decir, que Fernando Fernán Gómez era nieto de la eximia actriz María Guerrero. Su madre Carola se había quedado embarazada de él mientras trabajaba en la compañía María Guerrero-Díaz de Mendoza. La noticia también decía que María Guerrero había impedido que se casaran los padres de Fernando.

Un día José Luis García Sánchez me hizo reparar en algo interesante: Fernando no tuvo ninguna relación con su padre pero sí con su tío, el actor Carlos Díaz de Mendoza, al que dirigió en películas como *El mensaje*, *La vida por delante* y *La vida alrededor*.

Fernando era el tema predilecto de conversación entre los amigos de Fernando y entre otros que apenas le conocían. Cada vez que yo veía, por ejemplo, a Pilar Bardem, Marisa Paredes, Verónica Sánchez, Tina Sáinz o Charo López, Fernando monopolizaba buena parte de nuestras conversaciones. Lo mejor de todo es que ahora lo sigue haciendo. Ese poder de fascinar a los seres cercanos,